

PACIENCIA

1. La forma de conducta expresada con la palabra «paciencia» (y con sus numerosos sinónimos: constancia, longanimidad, firmeza, soportar, aguantar) se funda en la experiencia fundamental que tiene el → hombre de que su vida se halla rodeada de peligros y debe mantenerse firme contra los obstáculos de cualquier clase. Así, pues, como la paciencia viene exigida por la misma existencia, será conveniente comparar el concepto bíblico con la concepción general humana tal como la esbozaron los griegos, cuyo pensamiento ha servido de modelo al mundo occidental. Ya la epopeya canta preferentemente al «divino paciente», el hombre que soporta con denuedo los sufrimientos y las adversidades que le imponen los dioses (Ulises, Hércules). Aunque esta paciencia heroica suele tener en gran medida un fundamento fatalista («Sopórtalo pacientemente y deja ya tus constantes lamentos, / Pues nada vas a conseguir con tu aflicción...»: *Iliada* 24,549s), sin embargo su resignación no carece de grandeza. En el sistema aristotélico de la virtud (*Eth. Nic.* III, 10; → virtud), la paciencia se considera una subdivisión de la fortaleza. El fuerte posee en sí mismo la fuerza para mantenerse firme y no soporta los infortunios por el miedo a la infamia o por la esperanza de un placer, sino por pundonor y «por amor del bien». Del cobarde se dice que «todo lo rehúye y teme, y que no soporta nada» (*Eth. Nic.* II, 2). También la doctrina estoíca sobre la virtud subordina la paciencia a la fortaleza. El sabio debe ejercitar su voluntad soportando los males de la vida y, de este modo, lograr la fortaleza de ánimo (Séneca, *Ep.*, 41; 67,10; *Musonius*, 25, 12ss).

2. *AT.* La Sagrada Escritura nos introduce en un mundo distinto. En ella no se exalta el valor y la magnanimidad del héroe, ni la imperturbable superación del mundo propia del estoico, sino que se ensalza a → Dios, la

«esperanza (ὑπομονή) de Israel» (Jr 14,8; 17,13). La paciencia no se acredita sólo en las adversidades, sino en el mismo Dios, a quien el piadoso israelita debe «sufrir» y «soportar». La paciencia tiene casi el mismo significado que la → esperanza. Los que «esperan en el Señor» (Sal 26,14; 32,20; 36,9) «no serán confundidos» (Sal 24,3; 68,6; Is 49,23). Estas afirmaciones se refieren en primer lugar a → Israel, el pueblo de la → alianza, el cual se mantiene firme en Yahvé «por amor de la ley» (Sal 129,5); pero también el israelita, como miembro de la comunidad de la salvación, puede esperar individualmente la ayuda personal de su Dios (Sal 9,18; 38,7; 61,5; 70,5). Para ello se requieren «virilidad» y «fortaleza de ánimo» (Sal 26,14). Pero la fuente de la fortaleza se encuentra a su vez en Dios. En efecto, «los que esperan en Yahvé, renuevan sus fuerzas, remontan el vuelo como águilas, corren sin fatigarse y caminan sin cansarse» (Is 40,31). El piadoso Job ha sido presentado como ejemplo de paciencia, al menos en la narración que sirve de marco al poema, probablemente más antigua. Lo que mueve a este hombre, «reducido a la extrema miseria», a soportar sin lamentos los → dolores no merecidos por sus culpas y a mantenerse fiel a Dios a pesar de todas las pruebas no es la impassibilidad estoica, ni la noble grandeza de ánimo, sino la fe sencilla y clara de que Dios puede dar y quitar los bienes (Job 1,21; 2,10). Sin embargo, los discursos del libro de Job, añadidos probablemente después del destierro, revelan que esta grandiosa sencillez de una plena confianza basada en la fe no se daba ya entre las generaciones posteriores. La exageración de los sufrimientos amenaza con destruir la imagen de un Dios bueno y convertirla en una caricatura del diablo (Job 16,7-14). Cuando Job maldice, reniega, lucha desesperadamente por su derecho y desafía a Dios, no responde ciertamente a la imagen ordinaria de la paciencia. Pero estos arrebatos desmedidos pueden confortar a quienes se hallan abrumados mejor que los discursos convencionalmente piadosos de los amigos de Job.

En el AT aparece otra forma de paciencia, que constituye una especial propiedad de Dios, su longanimidad (μακροθυμία) con los pecadores. «¡Yahvé! Dios clemente y misericordioso, tardo para la ira (el texto hebreo dice literalmente: 'que da largas a su cólera') y rico en benignidad y fidelidad» (Ex 34,6). Esta → confesión se repite con frecuencia (Nm 14,8; Sal 85,15; 102,8; 144,8; Joel 2,13; Jon 4,2). Algunos breves relatos de la historia israelita sirven para ensalzar la longanimidad de Dios con su pueblo infiel (Neh 9,6-37; Sab 11,15-12,22). Dios también contiene su cólera con los gentiles, cosa que no complace a algunos israelitas patrioterros (Jonás). La impaciencia humana y el deseo de venganza se enojan con la longanimidad de Dios (Jr 15,15). En cambio, se desea que la clemencia divina sea la norma para el juicio y la retribución de los propios actos (Sab 12,19-22). La sabiduría gnómica recomienda la paciencia con argumentos de razón y por motivos de utilidad, una consideración que no debe ser menospreciada (Prov 14,29; 15,18; 16,32; 17,27; Eclo 1,23; 2,4; 29,8).

El *judaísmo posterior*, bajo el poderoso influjo de la filosofía estoica, ensalzó la paciencia como la virtud de los mártires (4 Mac). Aunque el lenguaje tiene sabor helenístico, su espíritu se mantiene por completo dentro

del AT: «Se debe soportar cualquier pena por amor de Dios» (4 Mac 16, 19; cf. TestJos 2,7).

3. *NT.* En la *predicación de Jesús* (→ Jesucristo) no se habla nunca de la paciencia, por sorprendente que esto pueda resultar a primera vista. El reino de Dios está cerca. En consecuencia, ya no es necesario esperarlo (→ reino de Dios). Los enfermos reciben de Jesús la curación y, por tanto, no necesitan ya soportar con paciencia sus enfermedades (→ dolor). De hecho, la tradición más antigua sobre Jesús no contiene ninguna expresión que exhorte a la paciencia en el sentido ordinario religioso o moral. Sólo en la parábola del siervo despiadado (Mt 18,23-35), Jesús pone en boca de los deudores la siguiente súplica: «Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré yo». Pero, en ambos casos, el acreedor (= Dios) no tiene paciencia alguna, sino que toma inmediatamente una decisión definitiva, perdonando la deuda o juzgando al despiadado. También las expresiones «negarse a sí mismo» y «llevar la cruz» (Mc 8,34; Mt 10,38 par.) exigen más que la mera aceptación paciente de las contrariedades de cada día. En efecto, reclaman de los discípulos de Jesús la renuncia radical a la propia afirmación dentro del mundo y la entrega incondicional a la voluntad de Dios. Por el contrario, para los judíos y los paganos, la paciencia es precisamente el medio más importante para conservar su dignidad y su → libertad. La → imitación de Cristo lleva además a la superación efectiva del → mundo y sus amenazas (cf. Jn 16,33; 1 Jn 5,4s), de modo que la paciencia adquiere un significado completamente nuevo. Finalmente, la imagen habitual de «Jesús paciente» no corresponde tal vez enteramente a la realidad histórica, según puede juzgarse apoyándose en Mc 1,41; 3,5; 9,19 par. Mateo y Lucas han suavizado ya algo los rasgos duros y severos de la imagen de Jesús que presenta Marcos; sin embargo, todavía puede reconocerse la impaciencia, el celo apremiante y la energía plenamente independiente de su figura (polémicas, purificación del templo, imprecaciones y amenazas). El mismo Marcos (cf. Mc 14,48s; 15,34), a diferencia del enfoque particular de Lucas (22,51; 23,34.46), no contempla tampoco la historia de la pasión desde el punto de vista histórico de la paciencia.

No obstante, la paciencia se ha convertido con razón en una importante → virtud cristiana, sobre todo por obra de → Pablo. Su necesidad se deriva del carácter propio de la buena nueva que predica (→ predicación) Jesús como el Mesías que ha venido ya y que ha de venir de nuevo. En efecto, los creyentes han logrado ya la justificación, pero se hallan todavía sujetos a «los padecimientos del tiempo presente» (Rom 8,18). Pero los sufrimientos tienen ahora un nuevo sentido positivo. En efecto, las aflicciones «producen paciencia, y la paciencia, perseverancia» (Rom 5,3s), de modo que la esperanza se convierte en la completa certeza de la consumación de la salvación. Sobre todo, Pablo enlaza la mayoría de las veces la paciencia con la esperanza (Rom 8,25; 15,4; 1 Tes 1,3); pero en estas conexiones habla al mismo tiempo también del amor de Dios que se ha manifestado en la muerte de Cristo. Con ello experimenta la paciencia una transformación esencial: ya no es una

actitud meramente humana en virtud de la cual el hombre soporta sin quejarse «la tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros o la espada», sino que es una fuerza concedida por Dios (Rom 15, 5; cf. Col 1,11), para que «en todo esto logremos la más brillante victoria por medio de aquel que nos ha amado» (Rom 8,37). El himno a la caridad, de 1 Cor 13,4.7, muestra claramente hasta qué punto considera Pablo que la paciencia tiene sus raíces en la caridad (→ amor): «La caridad es paciente» (primera afirmación)... «todo lo soporta» (última afirmación). Junto a la actitud escatológica de la paciencia marcha también, como un → signo de la obra del Espíritu (cf. Gál 5,22), la virtud social de la mutua tolerancia (1 Tes 5,14; Col 3,13; Ef 4,2), de la consideración a la fragilidad de la → conciencia ajena (1 Cor 10,29; Rom 14) y de esperarse unos a otros en la celebración de los ágapes (1 Cor 11,33). La paciencia constituye especialmente una característica del apostolado (2 Cor 12,12; → apóstol). Pablo piensa en la constancia en las persecuciones (1 Cor 4,12), en la tolerancia de los padecimientos (2 Cor 1,6) y en todas las tribulaciones y necesidades en las cuales él y sus compañeros han acreditado ser «ministros de Dios con mucha paciencia» (2 Cor 6,4.6). En virtud de estos sufrimientos tenía verdaderamente el Apóstol derecho a exigir de los corintios que «tolerasen un poco su desatino» y que le «soportaran» (2 Cor 11,1). En vez de esto, ellos muestran una tolerancia reprobable con los falsos apóstoles, ya que se dejan esclavizar, explotar y cautivar por ellos (2 Cor 11,4.19ss). Así, pues, los fieles deben tener paciencia con sus legítimos superiores eclesiásticos y soportar sus defectos y debilidades, pero jamás pueden tolerar el falseamiento del → evangelio (cf. Gál 1,6-9).

En las crisis internas y externas del *último período de la época apostólica*, la paciencia se convierte cada vez más en el lema y el argumento de la predicación eclesiástica. «El que soportare hasta el fin, se salvará» (Mc 13,13; Mt 10,22; 24,13). «Salvaréis vuestras vidas con vuestra paciencia» (Lc 21, 19). Ahora se habla de «conservar la palabra en un corazón bueno y dar fruto con paciencia» (Lc 8,15). Se buscan ejemplos y modelos para esta virtud tan necesaria: «Ved cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra aguardando pacientemente... Aguardad también vosotros pacientemente y fortaleced vuestros ánimos, porque la venida del Señor está próxima» (Sant 5,7s). «Abrahán esperó pacientemente y alcanzó así la realización de la promesa» (Heb 6,15). «Tomad, hermanos, como modelos de constancia y de paciencia a los profetas... Habéis oído la paciencia de Job...» (Sant 5,10s). «Cristo sufrió por vosotros y os dejó ejemplo para que sigáis sus pasos» (1 Pe 2,21). El mirar a Jesús, quien «para obtener la gloria que se le proponía soportó la cruz... y está sentado a la diestra del trono de Dios» (Heb 12,1s), debe estimular a los cristianos indolentes «a correr con paciente constancia en la competición que nos ha sido impuesta». Lucas es el único evangelista que refiere la historia de la pasión como un martirio ejemplar y la enriquece con los elementos de la paciente resignación a los sufrimientos dispuestos por Dios (Lc 22,42.51; 23,28.34.46; cf. Hch 7,59s).

Examinemos una vez más sucesivamente aquellos escritos bíblicos que

hablan más extensamente de la paciencia: la *epístola a los Hebreos* coloca la paciencia, de la cual «tenéis necesidad para que, cumpliendo la voluntad de Dios, obtengáis lo que os está prometido» (10,36), en contacto inmediato con la → fe (cap. 11; cf. 6,12). Su autor hubiera podido presentar la mayor parte de sus ejemplos relativos a la fe bajo el epígrafe «paciencia», como hace en el ejemplo definitivo de Jesús (12,2ss). Pero sabe también que sólo se puede agradar a Dios con la fe (11,6). «La paciencia, la longanimidad y la alegría no son conceptos distintos y adjuntos al de la fe, sino diferentes expresiones con que se manifiesta la fe» (O. Michel, *Der Brief an die Hebräer*, 247s). También, según la *epístola de Santiago*, la paciencia resulta de las pruebas de la fe (1,3), lleva a la perfección moral y alcanza la prometida «corona de la vida» (1,12). Suena más al AT la exhortación a soportar pacientemente la → pobreza, la opresión y las disensiones mutuas en vista de la próxima venida del Señor para el juicio (5,7-11). Una solución original del problema de la parusía se encuentra en la *segunda epístola de Pedro* 3,9: «No retarda el Señor el cumplimiento de la promesa..., sino que usa de paciencia con vosotros; pues no quiere que nadie perezca, sino que todos alcancen el arrepentimiento» (cf. Herm[s] 8,11,1). Este pensamiento recuerda también el texto de Rom 2,4, según el cual la bondad, la paciencia y la longanimidad de Dios deberían llevar a los judíos al arrepentimiento (→ conversión). Pero, para Pablo, el tiempo de la «paciencia» divina ha terminado ya (cf. Rom 3,26) y ha sonado la última hora del → juicio de gracia. Las palabras de 2 Pe significan realmente lo mismo, cuando Pedro exhorta a los fieles a que «consideren la paciencia de nuestro Señor como salvación» (3,15; 1 Pe 3,20). Las *epístolas pastorales* hablan de la paciencia de Jesús con los pecadores, la cual se ha mostrado en la conversión de Pablo de una manera que puede servir de ejemplo para los casos futuros (1 Tim 1,16). Timoteo ha aprendido también esta paciencia del mismo Apóstol (2 Tim 3,10) y debe corregir a los herejes y pecadores «con toda paciencia» (2 Tim 4,2). La paciencia, con el significado de firme aguante, pertenece especialmente al grupo de virtudes que deben adornar a los discípulos del Apóstol (1 Tim 6,11). Pablo es durante su prisión un modelo impresionante de paciencia (2 Tim 2,9s; 3,10; cf. 1 Clem 5,5ss; Polic 9,1). El mismo Apóstol responde de la exactitud de la siguiente afirmación: «Si tenemos constancia, también reinaremos con él» (2 Tim 2,12). En los ancianos, que deben ser un espejo de virtudes (Tit 2,2), la paciencia ocupa el lugar de la esperanza junto a la fe y la caridad (cf. IgnPol 6,2). De los herejes se dice en 2 Tim 4,3 que ellos «no soportarán la sana doctrina», mientras que Timoteo «debe permanecer fiel a lo que ha aprendido» (2 Tim 3,14). Así, pues, en la herejía se oculta una falta de paciencia (cf. Cipriano, *Bon. Pat.*, 11).

El último libro del NT, el *Apocalipsis*, ha expuesto de la manera más clara y vigorosa la necesidad de la paciencia en las adversidades de los últimos tiempos. El término ὑπομονή aparece en él siete veces y significa tanto la imperturbable espera de la segunda venida de Jesús (1,9; 2,2; 3,10; 13,10; 14,12) como también la firme tolerancia de las persecuciones (2,3.19). Ambos significados alternan mutuamente en la mayoría de los pasajes. El

Apocalipsis ha puesto de manifiesto el carácter propiamente cristiano de la paciencia por medio de la imagen de la sigilación de los escogidos (cap. 7): la cólera de Dios sólo alcanza al mundo que no cree, mientras que los creyentes están libres de castigo y se encuentran ya más allá de la «gran tribulación» (7,14). Con el Apocalipsis coinciden realmente *el evangelio y las epístolas de Juan*, aunque en éstos no aparece significativamente la palabra «paciencia». En su lugar se habla de «permanecer» (un total de 67 veces entre el evangelio y las epístolas), para expresar inequívocamente que toda conducta y toda perseverancia cristianas proceden de la → gracia. Si «el permanecer en Cristo», en su «palabra», su «amor» y su «verdad», significan al mismo tiempo que «Cristo permanece en nosotros», entonces la paciencia ya no es el resultado del vigor espiritual humano, sino la revelación de la majestad divina (→ gloria).

C. Spicq, *Patientia*: RSPTh 19 (1930) 95-106; A. F. Festugière, *Υπομονή dans la tradition grecque*: RSR 30 (1931) 477-486; F. Hauck, *Υπομονή*: ThW IV (1942) 585-593; J. Horst, *Μακροθυμία*: ThW IV (1942) 377-390; G. Bornkamm, *Geduld Gottes*: LThK IV (1960) 574-577; K. Wennemer, *Die Geduld in neutestamentlicher Sicht*: GuL 36 (1963) 36-41; J. Hennig, *Das Wesen der Geduld im Licht der Liturgie*: GuL 37 (1964) 244-250; H. U. v. Balthasar, *El evangelio como criterio y norma de toda espiritualidad*: Concilium 9 (1965) 7-25; K. Rahner, *Selbstverwirklichung und Annahme des Kreuzes*: Schriften zur Theologie VIII (Einsiedeln 1967) 322-328; *Sufriamiento y fe cristiana*: Concilium 119 (1976).